

jamín R. Milam, soldado de nuestra independencia y de la guerra anglo-americana de 1812, que acababa de prestigiarse por haber participado en la captura de Golhiad, para que dirigiera la operación con los sitiadores que voluntariamente lo siguieran. Acordóse tomar la plaza por sorpresa, y con tal fin se dirigió en la madrugada del día 5 de Diciembre una columna de ataque al Alamo, para atraer hacia aquel lado la atención del enemigo, mientras Milam y su segundo Johnson, por caminos paralelos, entraban en S. Antonio, tomando las calles de la Acequia y de la Soledad que conducían de la *Labor de arriba* y del *Molino*, en donde estaban los sitiadores, á la *Plaza de la Constitución*. Antes de seguir hablando de esta operación, en la que perdió la vida Milam y que dió por resultado la total evacuación de Texas por los soldados de México, no está por demás hacer una brevísima descripción del lugar en que ocurrieron los sucesos. S. Antonio cabecera del Distrito de Béjar, lugarejo de 2,500 habitantes (los otros centros de población del mismo Distrito eran Guadalupe, Golhiad y San Patricio), estaba tendido de Norte á Sur, entre bosques y matorrales, á las orillas del río de San Antonio que lo limitaba al Oriente y del Arroyo de San Pedro, que corre casi en el mismo sentido que el río, esto es, hacia el Sur, hasta unirse á él. Frente á la Plaza de la Constitución el río cambia de curso y en una rápida desviación de 90° toma hacia el Oriente, con alguna inclinación al Norte, vuelve luego al Sur, en ángulo igual al anterior, se dirige con la misma dureza de trazo hacia el Noroeste, y por último, en la latitud de su primer ángulo, toma de nuevo la dirección general de su corriente. Entre esta herradura se forma una península cuya entrada está frente al costado oriental de la antigua y ya citada Plaza de la Constitución; allí tenía S. Antonio un barrio de ocho ó diez manzanas, protegido por el río. Enfrente de la península, y en la parte oriental del río estaba el corralón llamado Fuerte del Alamo. A él se dirigió el coronel Neill con un cañón y uno ó dos centenares de hombres, para distraer, como se ha dicho, á los defensores de la plaza. Los trescientos de Milam llevaban sólo una carronada y la pieza de seis tomada á los nuestros en La Concepción. La sorpresa da buen resultado, pues mientras se concentra la atención de los soldados de México en el Fuerte, Milam se adueña de la casa de Garza y Johnson de la de Veramendi, situadas á corta distancia de la Plaza de la Constitución. Cuando se dió la voz de alarma ya era tarde para impedir que los texanos pudieran seguir sus

planes á cubierto del fuego enemigo. En los días 6, 7, 8 y 9, los texanos fueron penetrando en otras casas, y como todas ellas eran de sólida construcción, el terreno ganado no se perdía. Poco uso hicieron de la artillería los asaltantes, por haber quedado sus piezas desmontadas y no ser propias para batir murallas las que tenían; pero sus tiradores experimentados no daban reposo á los defensores. El día 7, cruzando una calle, murió Milam, con el cráneo atravesado por una bala, y quedó el mando confiado á Johnson. Por último, el 9 en la tarde, después de haber tomado los texanos una de las casas más fuertes de la Plaza de la Constitución, el curato, Cos se retiró al Alamo, en donde se produjo una desastrosa confusión. La multitud gritaba *¡traición!* y el general, al intentar inútilmente establecer el orden, fué golpeado y pisoteado. Una parte de sus fuerzas lo abandonó; el Inspector de Coahuila Juan José Elguézabal y los capitanes Juan Galán y Manuel Reducindo Barragán tomaron el camino de Río Grande con más de 170 hombres de las compañías de Tamaulipas, La Bahía y Coahuila. ¿Eran desertores y su fuga precipitó la rendición, ó decidida ya ésta, quisieron sustraerse á la vergüenza de caer prisioneros de un enemigo á quien no había combatido dignamente el general mexicano? Al amanecer del día 10 de Diciembre, Cos pedía parlamento y el 11 fué firmada una capitulación en cuya virtud el jefe mexicano conservaba sus armas, comprometiéndose además, según los documentos texanos, á no emplearlas en impedir el restablecimiento de la Constitución de 1824.

Cuando resolvió el general Cos trasladarse con la guarnición á la antigua Misión del Alamo, tenía el propósito, si nos atenemos á los datos con que escribe Filisola, de confiar el punto á una parte de sus fuerzas, desmontando los cañones para utilizar mejor á los soldados del Batallón de Morelos que los servían por falta de artilleros, y emprender con la caballería operaciones activas sobre los flancos y la retaguardia del enemigo. No hizo esto, por lo que debió haber empezado no esperando hasta verse quebrantado por las operaciones pasivas que son las más aniquiladoras de la moral del soldado,—no lo hizo, decimos, por esas mil razones que nunca faltan al general incompetente que no puede con una situación. La verdad es que cuando dió sus instrucciones al jefe de los parlamentarios encargados de negociar la capitulación, estaba en cama postrado. El general había desaparecido en aquellos cinco días de angustia, y sólo quedaba el hombre deprimido,

humillado, enfermo, resignado á dejar en las cláusulas de una capitulación la responsabilidad que lo abrumaba. Como todos los débiles, se sirvió del recurso femenino de las recriminaciones para disculpar su impericia, atribuyendo la vergonzosa catástrofe militar á la cobardía de sus auxiliares y subordinados. Estaba condenado á ignorar para siempre su espíritu pequeño, cerrado á las verdades intuitivas que regulan la conducta de los hombres de acción, que para un verdadero general no hay jamás servidores infieles y cobardes, pues cuando llega el día de las grandes pruebas, inflaman de heroísmo á los suyos ó galvanizan la timidez con el terror de los castigos trascendentales. El inspector de Coahuila y los capitanes Galán y Barragán eso habrían pensado en su defección si se hubieran sentido animados por el alma de un hombre superior y si hubieran visto en el general á quien estaban subordinados la energía suficiente para fusilar al primero que hablara de abandonar su puesto ante el enemigo. Pero Cos era tan pequeño como los desertores, y más culpable, porque ignoraba al aceptar la banda de general todo lo que es necesario hacer para llevarla con decoro. La facilidad con que los texanos fueron tomando uno en pos de otro los edificios céntricos y principales de una plaza artillada con 21 cañones, se explica por la ridícula disposición que se dió á las piezas, las cuales no podían hacer fuegos oblicuos, quedando por lo mismo los parapetos en la imposibilidad de defenderse unos á otros. En todo se acreditaba la incapacidad de Cos, pues la evacuación de S. Antonio que se hizo, según él, en buen orden, fué por lo contrario tan mal dirigido, que D. José Juan Sánchez, jefe de uno de los puntos, no tuvo conocimiento de que se había efectuado aquella, sino cuando recibió un recado de Cos, en la mañana del día 10, llamándolo al Alamo para confiarle la comisión de parlamentario. Con provisiones ó sin ellas, mandando numerosas ó escasas fuerzas, el general Cos no era el hombre capaz ni de prolongar la resistencia en el Alamo, ni de salir al campo y batir al enemigo. Su amor á la vida poltrona—no la situación—lo condenaba á capitular, y si no se rindió en condiciones tan vergonzosas como Barradas, fué porque los vencedores no eran soldados y se contentaron fácilmente con las ventajas que derivaban por fuerza de la evacuación del territorio. El día 13 comenzó el general Cos su retirada hacia Laredo, con más de 800 hombres, según Filisola un cañón de cuatro,¹

¹ El parte de Burleson dice que eran 1,105 los soldados que se retiraron con el general Cos.

provisiones para el viaje y 50 cartuchos por plaza. El jefe vencido, como hemos dicho, cohonesta en diversos motivos su conducta; pero ni la falta de leña y agua en el Alamo, ni la de víveres y municiones, ni la defección de Elguézabal, Galán y Barragán, justifican su conducta. Es inútil discutir si tenía provisiones, puesto que la única reparación posible de sus errores no era encerrarse en el Alamo, aun cuando hubiera podido hacerlo, sino dejar allí á los infantes del batallón de Morelos y alguna otra fuerza al cuidado del punto y organizando á los reemplazos que llevó D. Domingo Ugartechea, y él ú otro jefe, entretanto ponerse al frente de la caballería y atacar al enemigo, ó si eso no era posible, traer prontamente de Nuevo León y Tamaulipas, los auxilios necesarios para una campaña formal, ó reunirse á Ramírez y Sesma que no tardarían en llegar de Zacatecas. Si no tenía provisiones ni aun para los reemplazos y las escasas fuerzas encargadas de guarnecer el punto,—inexpugnable careciendo los tejanos de artillería de sitio,—¿no hubiera sido preferible salir con todas las compañías presidiales y dando suelta á los reemplazos, dejar sólo una guarnición de 150 ó 200 hombres? No había dificultar para salir, como lo demuestra con razonamientos técnicos el Sr. Bulnes, y lo prueba el hecho de que pudieran salir Elguézabal, Barragán y Galán, y entrar Ugartechea con seiscientos hombres. Siendo exacto lo anterior, ¿á qué fin probar como intenta hacerlo el Sr. Bulnes que Cos tenía víveres suficientes para encerrarse en el Alamo? Es inútil utilizar los hechos para lograr la condenación de un reo, máxime cuando está convicto. “En su mismo parte oficial el general Cos se desmiente á sí mismo en cuanto á que capituló por falta de víveres y municiones, porque escribe: *Con este intento ordené al coronel Don Nicolás Condelle para que procurase hacer con anticipación, orden y disimulo la retirada de los heridos y enfermos y cuanto armamento, municiones, depósitos, etc., etc., existían en ella pertenecientes á la guarnición.* (Filisola, *Guerra de Texas*, tomo II, pág. 200.) Pero si este segundo mentís que el general Cos da á los motivos de la capitulación no es suficiente para probar su indignidad, el mismo parte oficial añade:—*El día 12 (de Diciembre) se empleó en arreglar lo necesario para la marcha y ésta se emprendió el 13 de Diciembre para la villa de Laredo en el mayor orden, llevando un cañón de á cuatro con algunas municiones para él, y todo el número de hombres que ascendía á más de 800 incluso los reemplazos, armados de fusil, bayoneta y municiones á razón de cincuenta cartuchos, sin olvidar*

los víveres, equipajes, etc., etc.,—¿Qué víveres eran esos con los que el general Cos emprendió atravesar las setenta leguas de perfecto desierto que existían entre Béjar y Laredo? ¿Los que existían en la ciudad de Béjar? Entonces no faltaban víveres para defender la plaza. ¿Habían entrado recientemente? ¿De dónde? El día 12 de Diciembre en que se preparó la marcha fué el siguiente de la capitulación. ¿Eran los víveres del enemigo? No los vendía y ofreció generosamente de ellos al general Cos; pero éste según él mismo dice, contestó con altivez: *El ejército mexicano ni recibe ni necesita recibir nada dado de sus enemigos.* (Filisola, *Guerra de Texas*, tomo II, pág. 208.) “Esta frase fanfarrona es una nueva mentira, porque quedaron en Béjar los heridos graves al cuidado generoso de los vencedores y esto se llama recibir favor.”¹ Ante un tribunal, estos son argumentos de fuerza, sobre todo, si se trata de condenar á un derrotado; pero la historia no se hace con la lógica de los debates contradictorios. Puesto que no es mi principal objeto llegar en el estudio que he emprendido á la plenitud de la verdad histórica, sino establecer, según la crítica, la legitimidad de las conclusiones del libro del Sr. Bulnes, séame permitido detenerme á examinar si había víveres suficientes para un sitio en la plaza entregada á Burleson, no en atención á lo que resulte del hecho para la reputación militar del general Cos, sino por interés de la historia desinteresada y serena, ante la cual el vencido de San Antonio es el actor de un acontecimiento, no el acusado de un proceso.² El que Cos hubiera tenido víveres para la travesía de San Antonio á Laredo, no prueba que los hubiera tenido para aguardar un mes ó dos los refuerzos que se le enviaran.

1 Bulnes, *Op. cit.*, págs. 413-14.

2 “Ante la justicia hay dos partes. El juez debe decidir en todos los casos entre las dos, responder sí ó no; la balanza tiene por fuerza que inclinarse hacia un lado. Es, pues, una necesidad práctica establecer criterios convencionales como el documento auténtico y el testimonio aceptable, la balanza se inclinará hacia donde caigan esos criterios. Esto basta para la decisión, porque se trata de una decisión exterior, no de una convicción interior. Pero en ciencia no estamos obligados á responder á una pregunta, y es necesario saber de un modo verdadero antes de afirmar. En una cuestión científica puede haber, no sólo dos, sino tres actitudes: Sí.—No.—Ignoro.—Si, pues, un documento ó un testigo parecen insuficientes para concluir, se puede—y se debe—suspender el juicio. Sería peligroso tratar el testimonio en ciencia como en justicia, porque si respecto á una cuestión se tiene un solo documento, ante la afirmación única no contradicha, sería difícil la actitud de la duda, pues eso equivaldría á insultar al testigo, dudando de su palabra. Habrá que decir: No teniendo motivos para dudar del testigo, preciso será afirmar. Se olvida que en ciencia para afirmar una solución, es necesario tener la prueba de su exactitud y que debemos decir: No tenemos motivos para afirmar, luego debemos dudar. En justicia la duda equivale á una afirmación en favor de una de las dos partes, mientras que en ciencia debe llegar sólo á una negación provisional.” Ch. Seignobos, *La Méthode historique appliquée aux sciences sociales*, págs. 39-40.

Niega el Sr. Bulnes que pudieran haber sido del enemigo los que llevó Cos para la travesía, y lo niega, porque Cos no quería aceptar dádivas y el enemigo no vendía provisiones. He aquí un error que desaparece leyendo á los historiadores texanos. Según la capitulación que publicó el Almanaque de Texas correspondiente al año de 1861 se pactó, entre otras cosas, que el general Cos saldría de San Antonio dentro de los siguientes seis días á la capitulación, llevando consigo á los reemplazos con 100 soldados y la caballería, y que se le darían provisiones suficientes para que llegara al Río Grande, cargando por ellos al precio corriente en plaza. Permitía el vencedor que permaneciera el resto de las tropas en San Antonio, ó que fuera á donde le pluguiese, y se daba también permiso para que se quedaran los heridos, sin que por esto deba entenderse, como indica el Sr. Bulnes, que el vencedor se encargara generosamente de cuidarlos. Así acabó la primera parte de la campaña de Texas, que da ocasión á uno de los autores del tomo IV de *México á través de los siglos* para hacer singulares y torpes afirmaciones, que como dice el Sr. Bulnes ofenden el prestigio de nuestros adelantos intelectuales. No estamos conformes con él en que el citado libro sea la mejor obra de historia patria. No es una obra, son cinco obras, de mérito desigual, pues sólo algunas de ellas, lo tienen altísimo. Por lo demás, justo es decir, que ese libro es hasta hoy el esfuerzo más perseverante, inteligente y enérgico que se haya hecho para condensar en serie sistemática la historia nacional y que el editor Sr. D. Santiago Ballescá puede tener el orgullo de que á su iniciativa debamos los hijos de México un monumento perdurable y glorioso.

En tanto que Santa Anna, sabedor de las malas andanzas de su pariente Cos, apresuraba la marcha para caer sobre los texanos, y oía las voces cortesananas que no cesaban de gritarle:

Acude, corre, vuela,

Traspasa el alta sierra, ocupa el llano,

No perdones la espuela,

No des paz á la mano,

Menea fulminando el hierro insano,

y con el cuerpo de ejército que organizó en San Luis se dirigía á la ciudad de Leona Vicario, de la que salió á fines de Enero de 1836 para San Antonio de Béjar, tomando el camino de Monclova y Río Grande; los texanos, pasada la primera excitación del peligro y del triunfo, se desalentaban, dispersándose los colonos en sus tierras,

y quejándose de la inacción los aventureros en sus cuarteles. El consejo y el gobernador riñeron; todo era confusión y anarquía. Los texanos se dividieron en dos facciones y en tres grupos: las facciones eran la de los que estaban resueltos á no intervenir en asuntos interiores de México y á mantenerse independientes de la antigua patria por medio de la resistencia á toda nueva expedición militar que se enviara contra ellos, y la de los que considerando ventajoso el restablecimiento de la Constitución de 1824, pretendían que Texas coadyuvara á la causa federalista, enviando á lo interior de la República sus fuerzas de voluntarios y filibusteros; los dos grupos eran el de los resueltos á batirse, por la causa de la independencia ó por la bandera constitucional y el de los que creían libre para siempre el territorio de toda ingerencia mexicana, confiando en la impotencia del gobierno. Para estos últimos todo había concluido: no creían que Santa Anna ni otro general invadirían el territorio de Texas con un ejército considerable. ¿Cuándo había habido en Texas fuerzas militares suficientes para imponer las órdenes del gobierno mexicano? El primero y único movimiento serio de represión había sido el de Cos, (el movimiento de Terán había sido preventivo), y el resultado auguraba el abandono de toda tentativa semejante por parte del gobierno. ¿Para qué, pues, sacrificar á los colonos, reteniéndolos en las filas y exigiéndoles contribuciones de guerra que no soportaban, acostumbrados como los tenían la Federación y Coahuila á no pagar impuestos de ninguna especie? Los filibusteros, por su parte, querían guerra, botín, ascensos, y se inclinaban á seguir al Dr. Grant, propietario y vecino de Parras, y á otros que como el coronel José Antonio Mejía, no dejaban un punto de pensar en la política mexicana. El segundo de los mencionados revolucionarios, había llevado á Tampico una expedición de aventureros procedentes de Nueva Orleans, que desembarcó á mediados del mes de Noviembre de 1835, y aunque se apoderó del Fortín de la Barra, por connivencia con el jefe del punto, fué rechazado y tuvo que reembarcarse, no sin dejar treinta y un prisioneros, tres de los cuales murieron de heridas que habían recibido en la acción. Los otros veintiocho fueron fusilados como piratas, esto es, como extranjeros que tomando parte en nuestros conflictos fueron aprehendidos con las armas en la mano.

El consejo del gobierno texano, siguiendo las indicaciones del Dr. Grant y la corriente de deseos manifestados por los aventu-

ros, consintió en que se enviara una expedición á Matamoros, á fin de hacer el movimiento revolucionario federalista, dando la mano á los Estados que se levantaron contra Santa Anna. El gobernador Smith y el jefe del ejército tejano Samuel Houston, consideraban ese plan extraño á los fines de la causa que los movía y se opusieron á él, creyéndolo, además, peligroso, pues se distraían de su objeto defensivo las fuerzas del nuevo Estado que no tardaría en ser invadido por Santa Anna. Así fué, efectivamente. De San Antonio, guarnecido por 450 hombres, casi todos aventureros, salieron 400 sobre Matamoros, y habrían llegado á este puerto, si Houston, no los hubiera disuadido por medio de un discurso que les dirigió en el Refugio. Quedáronse, pues, los aventureros en Fannin y siguieron sólo menos de 100 hacia Matamoros, con el Dr. Grant y Johnson. San Antonio quedó confiado á una pequeña guarnición al mando de Neill, y aunque Houston ordenó á éste que demoliera el Alamo y se llevase á lo interior de Texas los cañones entregados por Cos, no dió cumplimiento á esta orden. Cuando avanzó la vanguardia de Santa Anna, al mando de D. Joaquín Ramírez y Sesma, estaba San Antonio sin otro amparo por parte de los texanos que una escasa fuerza al mando de Travis, el más audaz y esforzado de los defensores de Texas. Santa Anna llegó á la cabecera de Béjar el 23 de Febrero. Su viaje desde el Saltillo no es capítulo propio para ilustrar la historia, sino más bien para fructuosas observaciones de patología mental. Sin necesidad de desfigurarlo con las muecas de la caricatura que de él hacen los escritores ligeros á quienes cita el Sr. Bulnes, cuando presenta la extravagante fisonomía militar y política del *Napoleón de América*, adobada por artificiosos afeites que la alteran;¹ sin las calumnias de articulistas franceses ni datos de sospechosa procedencia, vamos á seguir la estrategia de Santa Anna,—más que grosera, grotesca,—y causa del desastre que dejó humillada nuestra dignidad en las praderas texanas. Antes de salir de San Luis Potosí, escribió Santa Anna unas instrucciones para el general Ramírez y Sesma, en las que con insigne pedantería digna de un cabo vestido de general, por

1 "El general Santa Anna decía después del combate de Zacatecas: *Se habla mucho de la batalla de Iena, pero en verdad no puede compararse á la de Zacatecas.* (*Revue des Deux Mondes*, 1º de Julio de 1836, pág. 95.) La batalla de Zacatecas, que según la *Revue des Deux Mondes*, calificaba el general Santa Anna más notable que la de Iena.".....—Bulnes, *Op. cit.*, pág. 193.—"En todos los libros extranjeros en que se refiere la guerra de Texas, se encuentra la presentación que de sí mismo hizo el general Santa Anna á Houston, cuando fué llevado prisionero después de la batalla de San Jacinto: *You can be (sic) afford to be generous, you are born to no common destiny, you have conquered the Napoleon of the West.* (Edwards, *Texas*, pág. 252.)"—Bulnes, *Op. cit.*, pág. 196-97.

menoriza las más nimias advertencias: no son aquellas instrucciones sobre operación determinada, sino reglas generales de prudencia militar, como las que pudieran servir para escolares jugando á soldados. ¡No os dejéis derrotar por el enemigo; cuando déis la batalla, elegid el terreno; evitad sorpresas; no aventuréis avances imprudentes. ¡Esas eran las instrucciones de un general á otro general!

Salió Ramírez y Sesma del Saltillo para Béjar, tomando el camino de Laredo, y llevando más de 1,000 hombres. Era la vanguardia del ejército de ocupación. En Lampazos se le incorporó Filisola, segundo jefe del ejército, y al llegar á Laredo encontró Ramírez y Sesma á los restos exhaustos de las fuerzas de Cos. Ya Filisola, sabedor de que Santa Anna tenía la resolución de seguir con la parte principal del ejército el camino de Monclova y Río Grande, había representado lo inconveniente que era atravesar doscientas leguas de desierto entre el Saltillo y Béjar, pudiendo hacerse la invasión de Texas por Mier y Golhiad, con la ventaja de atravesar regiones pobladas, con recursos de todo género, hasta el Río Bravo, y más allá, de tener como centro de operaciones un lugar próximo al Cópago, en profunda bahía, accesible á los buques de mayor calado que llevaran víveres y municiones de Nueva Orleans, Veracruz y Matamoros. Consegúíase, además, la ventaja de tener al frente y al alcance de una rápida acción militar, el departamento del Brazos, centro de la resistencia. Santa Anna, como el general Cos, tomaba como base San Antonio, que no lo era ni podía serlo, dado su aislamiento de México, y especialmente de los Estados internos de Oriente. Filisola, al proponer la ruta lógica y segura, por más corta y mejor dotada de elementos de todo género para su ejército, acertó á señalar lo inútil que era intentar toda acción sobre San Antonio. Si no la abandonaban los colonos, sus fuerzas, que eran numerosas, les harían falta para defender el riñón de las colonias; si la abandonaban, los batirían nuestras fuerzas sin necesidad de ir á buscarlos á través de doscientas leguas de llanuras desiertas. Pero Santa Anna siguió con obstinado empeño su capricho. ¿No era un héroe aclamado, invicto, providencial? No pidáis á los pueblos el juicio depurado que elabora la sabiduría de muchas generaciones: aun no se conoce una sola nación de críticos. Santa Anna llegaba á Texas con el prestigio de 1829,—hecho con la incapacidad de Barradas y la cooperación discreta y por ende oculta de Mier y Terán.—Ese prestigio había crecido con el degüello de Zacatecas. ¡Honores de guerra civil! ¿Cómo hay quien ignore hoy que en

1835 el Gedeón de los clérigos y generales, de *La Lima de Vulcano* y del Congreso de emasculados, era para *La Oposición*, *La Luz* y las minorías infatigables que representaban el decoro, la ilustración, el patriotismo, un hombre que no tenía otra significación moral que la de un tahur de fortuna, que jugaba onzas de oro á las cartas y en los palenques de gallos, y la honra de la patria en los campos de batalla, en los consejos y en las asambleas? Jamás lo creyeron con la capacidad suficiente para dar una acción; menos aún para dirigir una campaña y mucho menos para tomar á su cargo los destinos nacionales? ¡Profetizaron todas sus derrotas y denunciaron todas sus bajezas! Y si no arrojaron de las residencias nacionales á la gentuza rufianesca que manchó los sitios honrados por Gómez Pedraza, Gutiérrez de Estrada, D. José Joaquín de Herrera, Mier y Terán y Gómez Farías, fué porque los partidos desorganizados son como los ejércitos sin general en los que cien mil héroes no alcanzan á realizar una sola acción laudable. La legión liberal, disuelta, sólo tenía unidad en el pensamiento con que penetraba la realidad de nuestra desesperación. Todo naufragaba en la patria. Las armas nacionales, confiadas al hombre insensato cuyas faltas anticipaba la previsión de los sabios y de los virtuosos, alejados del poder,—hablo no sólo de los radicales puros, sino de los moderados,—no tenían salvación posible, á no ser que la hallaran en la clemencia del azar. Un rasgo de la característica incompetencia militar de Santa Anna, al desoír las indicaciones que le aconsejaban prudentemente seguir con todas sus fuerzas el camino directo á Mier y Golhiad, dejando á un lado San Antonio, fué la orden que dió para que los desmoralizados compañeros de Cos y los infelices consignados que acababan de llegar á Laredo, siguiesen hasta Monclova, y para que la fuerza de Ramírez y Sesma tomase por los desiertos de Río Grande. Tal falta de consideración á las inútiles penalidades impuestas al soldado, acusa el último grado de rebajamiento de las facultades de dirección y mando. Sus cuatrocientos consignados habían llegado á San Antonio el día de la rendición, y el 13 de Diciembre contramarcharon para Laredo: obligarlos á seguir hasta Monclova para volver á San Antonio era agobiarlos con más de cien leguas de caminata, inútil absolutamente, aun para la estrategia de Santa Anna. Este, creyendo en su estrella y casado con sus ineptias que defendía, descomiéndose con tesón insultante cuando hablaba el buen sentido por boca de alguno de los jefes que estaban subordinados á él, siguió el

largo y funesto camino de la derrota. El mes de Febrero de 1836 fué para los soldados que seguían á Santa Anna inclemente y luctuoso: en Monclova ordenó el día 9 que "en adelante sólo se diese media ración de galleta y un real por plaza á la tropa, y que los oficiales se procurasen víveres como pudiesen, con sólo su sueldo y sin gratificación de campaña. No he podido adivinar por qué causa tuvo lugar esta orden injusta y misteriosa; continúa el testigo á quien vengo citando. Injusta, porque desde aquella fecha podía decirse partían las penalidades del soldado, al emprender sus marchas por inmensos desiertos, en la estación del invierno que se hace sentir bastante por aquel rumbo, y sin abrigo alguno, con especialidad los infelices reclutas que iban en la cuerda, la mayor parte de ellos, si no todos, desnudos. Y misteriosa, porque habiéndose entregado desde S. Luis Potosí al proveedor general del ejército, Coronel D. Ricardo Dromundo, hermano político de S. E. (Santa Anna), fondos necesarios para dos meses de víveres, y provisiones para seis mil hombres, ¿qué se hicieron estos víveres y provisiones, pues cuando llegamos á la Monclova, ya estaba allí dicho proveedor general? . . . Si ya había verificado el acopio que se le previno, ¿por qué, entonces, poner al soldado á media ración de galleta? Adviértase que antes de la salida de dichas brigadas de la Monclova, dijo S. E. que en Río Grande encontrarían víveres. Lo cierto es que no encontraron ningunos, y se deja á la consideración del lector la horrible idea de la posición de aquéllas, teniendo que reemprender la marcha de cien leguas de desierto hasta Béjar.»¹ Santa Anna sabía que no había víveres en Río Grande y se internó en el desierto, sin llevarlos en abundancia, y sin procurarse médicos y botica de campaña. El resultado fué que aquella marcha parecía una caravana de gitanos, no el avance de un ejército: «los carros y cureñas de la artillería, tenían que conducir los muchos enfermos que había, y en más de una ocasión, el comandante general de esta arma, D. Pedro Ampudia, y yo, en cuya compañía iba, tuvimos que hacer entrar en dichos carros (á pesar de estar llenos) á algunos desgraciados que encontramos en el camino, casi espirando.»² Mientras el ejército expedicionario quebrantaba sus bríos en las penalidades de una marcha torpemente dispuesta, Santa Anna, en las cumbres de la infatuación, desdeñaba con altanería los servicios que le ofrecían viejas tropas

¹ Ramón Martínez Caro. *Verdadera idea de la primera campaña de Texas*, págs. 5 y 6.

² *Ib.*, pág. 7.

presidiales de fronterizos, cuya pericia hubiera sido salvadora el día del descalabro de San Jacinto. Aquel demente corría á su destino y en pos iba la patria humillada.

Hizo su entrada en San Antonio el general Santa Anna con menos de 2,000 hombres el 26 de Febrero. Sucesivamente fué llegando el resto de las fuerzas que lo seguían, por trozos aislados, hasta el 17 de Marzo. Urrea, que debió de haber seguido el mismo camino, según las primeras órdenes de Santa Anna, lo torció hacia el Golfo, cuando se supo que los texanos iban á caer sobre Matamoros. La relación de las operaciones del ejército mexicano en Texas, cabe en una página: el general Urrea tuvo tres encuentros con el enemigo y en todos salió vencedor; Santa Anna sacrificó á 370 soldados de México para tomar el Alamo, y hecho esto ordenó una batida general del inmenso territorio texano, dispersando sus fuerzas, sin conciencia de los resultados que sobrevendrían y sobrevinieron; y por último, salió de San Antonio, atravesó la colonia de Austin, (situada entre el Colorado y el Brazos), en donde se encontraba el grueso del ejército enemigo, que no excedió jamás de 1,400 hombres, y en vez de batirlo, eludió el choque, y desviándose del objeto de la campaña, por emprender la captura de los jefes de la revolución, empeño que pudo haber confiado á un jefe subalterno con cien hombres de confianza, se internó con fuerzas insuficientes hasta cerca de la bahía de Gálveston en donde á la luz del día, el enemigo lo sorprendió durmiendo él y holgando los subalternos, sin precaución ninguna: «*stratis etiam tum per cubilia, propterque mensas, nullo metu, non antepositis vigilis.*»¹ Hecho prisionero por Houston, Santa Anna, para salvar su vida y obtener la libertad, vendió al ejército, pactando con el enemigo una retirada humillante que acató y puso en práctica Filisola, segundo jefe del ejército. Toca al historiador militar hacer el comentario de estos hechos, y el Sr. Bulnes no pierde la ocasión, antes la aprovecha, analizando los errores y perfidias, bajezas y traiciones que nos obligaron á dejar un territorio que no podíamos conservar en nuestro poder, pero que no debió haberse perdido deshonoradamente en una campaña de dos meses cortos, y en la que, sin ganar una batalla, 2,000 insurrectos, reducidos á 800 por los reveses y la desertión, imponen la ley al vencedor, explotando la cobardía de un solo hombre. Pero como la bajeza de Santa Anna no hubiera tenido teatro en donde actualizarse sin la serie de errores y de crímenes

¹ Tácito, *Anales*, Libro I, § L.